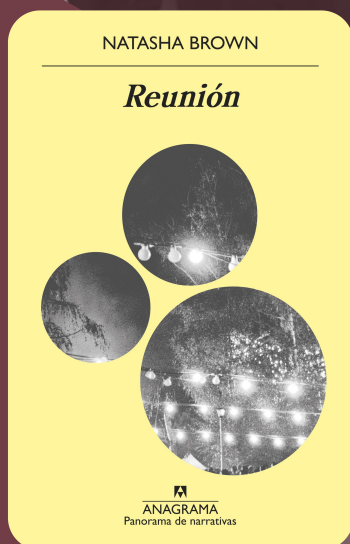




UK Border



COMIENZA A LEER...

NATASHA
BROWN

NADA

Tienes que dejarlo, le dijo ella.

¿Dejar qué?, respondió él, nosotros no estamos haciendo nada. Quiso corregirle. No había ningún nosotros. Estaban él, el sujeto, y ella, el objeto, pero el hombre le dijo: mira, no tiene sentido ponerse así por nada.

A menudo se sentaba en el último cubículo del lavabo de señoras y se quedaba mirando la puerta. Se pasaba ahí metida toda la hora del almuerzo, algunas veces, esperando a ver si cagaba o lloraba o reunía la determinación suficiente para volver a su sitio.

Él la veía sentada a su mesa desde el despacho, y marcaba periódicamente su extensión para comentarle lo que veía (y lo que pensaba al respecto): su pelo (salvaje), su piel (exótica), su blusa (que a duras penas contenía esos pechos).

Le ordenaba, al teléfono, que hiciese cosas sin importancia, y eso la hacía sentirse más humillada que las cosas más importantes que acabarían llegando después. Pero aun así sostenía la grapadora en alto. Se bebía un vaso de agua del tirón. Escupía el chicle en la palma de la mano.

Salió a almorzar con sus colegas del trabajo. Eran seis hombres de edades, complexiones y temperamentos diversos. Pidieron cuatro bandejas de *nigiri* de ternera y, durante la comida, fueron aludiendo ocasionalmente a su situación por medio de vagas indirectas y comentarios acusadores.

Uno de los más mayores, gordo y con una barba espesa y canosa que le enmarcaba los finos labios rosados, soltó el tenedor para hablar a las claras. Comenzó poco a poco: Él sabe que no es de las que se aprovechan de la situación. Él lo sabe, lo sabe. Aquí hizo una pausa para crear expectación y saborear el placer de decirle a una chica las cosas como son. Pero: pero, a

ver, había que reconocerlo, jugaba con ventaja respecto a él y el resto de los que estaban en la mesa. Eso lo podía reconocer, ¿verdad que sí?

Sonrió de oreja a oreja, estiró los brazos a los lados y se recostó en la silla. Los otros cinco la miraron, algunos asintieron. El hombre empuñó de nuevo el tenedor y se embutió más carne cruda en la boca.

El despacho tenía tres de las paredes de cristal. Las hileras de mesas se desplegaban a izquierda y derecha: un palco. Ella ocupaba el escenario central. El hombre estaba sentado, hablándole, muy animado.

Esperaba que mostrase cierta madurez, le dijo él, cierto ojo. Se levantó de la silla, fue hacia ella, rozándola, pese a que el despacho era enorme y había sitio de sobra. Necesitaba visión de conjunto y pensar en su futuro y en el peso que tenía su palabra allí. Eso lo dijo mientras abría la puerta del despacho.

No era nada. Lo pensó ahora, como lo pensaba todas las mañanas. Se abrochó la blusa y lo pensó, mientras se ensartaba unos pendientes de botón en las orejas. Lo pensó mientras se recogía el pelo en un moño impoluto, se despejaba la cara, se alisaba la falda de tubo rígida y gris.

Lo pensó mientras comía, olvidándose de saborear o de tragar. Intentó masticar. No era nada. Respondió cortante que estaba bien, y luego, más calmada, echó un vistazo por el salón. Le preguntó a su madre qué tal el día.

Una cena al salir del trabajo, ella había aceptado. En la puerta del restaurante, antes de entrar, él la agarró de los hombros y le estampó la boca en la cara.

Se quedó mirando sus párpados cerrados y temblorosos mientras la lengua lenta de él empujaba y hurgaba en la suya. Visualizó su propio cuerpo, con las extremidades encogidas, metido en una caja. Él se apartó, sonrió, soltó una risita, bajó la vista hacia ella. Le acarició el hombro, luego los dedos, luego la cara. No pasa nada, le dijo. No pasa nada, no pasa nada.

PUES ESO

No, pero originariamente. O sea, tus padres, ¿de dónde son? De África, ¿no?

Ahí está el tema. Yo llevo cinco años aquí. Mi mujer... siete u ocho. Hemos estado trabajando, hemos pagado nuestros impuestos. ¡Vamos con Inglaterra en la Copa del Mundo! Así que cuando el gobierno nos mandó registrarnos, que nos bajásemos la aplicación esa y pagásemos para registrarnos, nos dolió. Esta es nuestra casa Nos sentimos expulsados. Es como si a ti te dicen: Vete a África. Imagínate que te dijeren: no no, tú no eres británica de verdad, vete a África. Pues eso.

O sea, es... Bueno, ya lo sabes. Y tanto, tú lo entiendes. Lo puedes entender de una manera que los ingleses no.

DESPUÉS DE LOS LICORES, SE ENCIENDE

Ella comprendía la furia de un hombre que comprendía a su vez, en su carne y en sus huesos y en su sangre y en su piel, que su destino era estar en lo más alto de un gigante grande y pesado sobre el que nunca se ponía el sol. Porque era de noche, ya, y el hombre iba borracho. Se sentía muy pequeño, puede que apenas una boca. Un labio o un diente o una papila inflamada y rugosa en una lengua seca y blancuzca pringosa de flema al fondo, tocando a la garganta. La garganta de un hombre con la tupa colgona y el pelo ralo y cortado al rape. De modo que, cuando esa boca se abrió y le tosió su veneno encima, lo que incomodó un poco a varios de los comensales, comprendió la fuente de su ira, pese a ser ella el objetivo. Esperó a que el zumbido del móvil la excusara y, entretanto, callada, cortésmente, lo comprendió.

REUNIÓN

Es un cuento. Con sus desafíos. Su trabajo duro. Su ponerse las pilas, arremangarse, esforzarse al máximo. Subir.

Superarse, ir más allá, etcétera. Seguro que os suena. No es mi vida, pero lo tengo proyectado a mi espalda a una escala de dos metros de alto, y ahora se lo estoy contando a esas caras blandas, maleables, inclinadas hacia adelante sobre hombros uniformados. Recito mis viejas frases como si fuesen secretos nuevos. Clic a la siguiente diapositiva. Rostros gigantescos, diversos y sonrientes vestidos de traje gris señalan gráficos, estrechan manos y saludan detrás de mí. El proyector suelta un zumbido y las sonrisas se transforman en el logo apabullante del banco. Hora de terminar. Echo un vistazo a las hileras de colegialas. Les doy las gracias por escuchar, antes del turno de preguntas.

Una quiere saber si vivo en una mansión.

Ha sido todo un éxito, me dice la coordinadora del programa, y la directora asiente con un bob encrespado de cabello gris.

Separa los labios tirantes y deja entrever unos dientes amarillos de café. Damos la vuelta y bajamos por una escalerita trasera, y a mí ese aire caliente, ese olor a verdura hervida de colegio, me da náuseas. La directora me da las gracias por venir, dice que ha sido muy inspirador para las chicas. Chillidos, risas y un parloteo cantarín y estrepitoso resuenan por todas partes mientras las alumnas cruzan la puerta de la sala de actos y se desparraman por los pasillos de cemento. Sencillamente inspirador, dice.

Cuando vuelvo a la oficina. Lou todavía no ha llegado. Rara vez asoma antes de las once. Como si cada mañana una flamante mediocridad se escurriese del mar, dejase su rastro de baba por la arena y las rocas cubiertas de algas, y luego le brotasen unos miembros inquietos que crecen y mutan y se convierten en brazos y piernas a medida que se adentra en tierra hasta que, al final, plenamente formado, ¡*Lou!* entra en el vestíbulo caminando con sus pies planos enfundados en lustrosos zapatos. Brillando, taconeando, esperando el ascensor que lo llevará a nuestra planta. Cabeceando al ritmo de los auriculares Beats que lleva puestos. A él nunca lo enredan para estas cosas. Soy yo la que da las charlas —en institutos y universidades, en mesas redondas, en ferias de empleo— cada pocas semanas. Va con el puesto; la diversidad se tiene que ver. ¿A cuántas mujeres y chicas habré mentido? ¿Cuántas habrán visto mi cara sonriente recomendar tal o cual empresa, o este sector, o aquella universidad, o esta vida? Este tipo de preguntas no son constructivas. Tengo que recuperar las horas perdidas de la mañana.

Durante gran parte de mi niñez, viví al lado de un cementerio. Por las ventanas que daban a la calle, contemplaba los cortejos fúnebres que serpenteaban por el camino: caballos negros seguidos por coches fúnebres también negros seguidos por coches normales de distintos colores. A veces, un hombre desfilaba en cabeza, con bastón y sombrero de copa. Y luego la gente: salían de los coches fúnebres y de los vehículos y se reunían, con guirnaldas, con sombreros. Con ataúdes, también, supongo. No recuerdo verlo. Se reunían junto a los montículos de tierra recién removida y aguardaban, con las coronas apiladas ordenadamente a su lado, o con flores en las manos. O abrazándose unos a otros. Pequeñas criaturas lejanas, aferrándose entre sí en busca de consuelo. Yo los contemplaba desde arriba.

El año pasado, compré el ático de un edificio georgiano remodelado en una zona con buena proyección. Los otros dos pisos los tenían alquilados parejas nerviosas y tirando a jóvenes. Cada noche arreciaba entre ellas una tensa discusión en torno al volumen de la música.

Los de la planta baja se llamaban, por inverosímil que pareciera. Adam y Evie. Cuando nos conocimos en el rellano, Evie se presentó primero, como la novia de Adam. Se apartó de la frente unos mechones finos de pelo rubio y me contó que trabajaba en el sector editorial. Cuando la música estaba muy alta, llamaba a la puerta del piso de arriba y les suplicaba que. *por favor, la bajasen*. Solo un *pelín*. Su exquisita exasperación era como una talla de vidrio cuyas esquirlas atravesaban mi propio suelo.

La otra pareja era arisca y solitaria. Apenas decían palabra, aunque yo los oía berreando entusiasmados temazos de los noventa. Eran los dos guapos; pelo moreno, rasgos marcados y pies pequeños. Todos los jueves por la mañana, había dos pares de botas de fútbol, diminutas y embarradas, secándose a la puerta de su casa.

Los ritmos familiares de nuestras vidas apiladas se habían convertido en una especie de intimidad.

Cuando estoy en el trabajo, suspiro pensando en el piso como deben de suspirar los padres cuando ven las caras sonrientes de sus hijos enmarcadas entre los papeles y tazas esparcidos por su mesa. A mi amiga Rach —menuda, consentida, enérgica— su casa, en un barrio residencial del oeste de Londres, le parece poco. Dice que quiere ¡una casa más grande, un novio mejor, más dinero! Quiere todas esas cosas sin complejos ni sutilezas, y yo temo y admiro al mismo tiempo su avidez. A mí ya no me queda. Me he hundido demasiado hondo, una opresión se ha ido enroscando a mis miembros y me ha arrastrado más abajo. Pero contengo la respiración.

¿Qué me queda, si no?

Generaciones de sacrificios; trabajo duro y una vida aún más dura. Cuánto sufrimiento, cuántas renunciaciones, cuántas, por esta oportunidad. Por mi vida. Y lo he intentado, he intentado estar a la altura. Pero después de años de esfuerzo, de nadar contra corriente, estoy lista para aflojar los brazos. Para dejar de batir las piernas. Para aspirar el agua a los pulmones. Estoy agotada. Igual es hora de ponerle fin a este cuento.

Ah, por ahí viene Lou.

CONVERSACIONES

Ayer, mientras esperaba en la luminosa recepción de la oncóloga privada cuya consulta en Harley Street había visitado ya tres veces, experimenté una desconexión. No imaginaria, no: fue tangible, un fenómeno físico. Algo se había soltado dentro. Una escisión del yo y la experiencia.

Me gustaba bastante ir allí. Las recepcionistas —jóvenes, bonitas, intercambiables— eran amables, siempre. Y me recibían como si aquello fuese un spa. Las flores ese día eran unos lirios enormes, con los pétalos abiertos y los tallos gruesos. Los estambres, con una incisión quirúrgica, soltaban borrones de polen rojo sobre los pétalos blancos. Imposible no pensar en O’Keefe. Había otra persona esperando. Con la pausada certeza de que el tiempo bloqueado en Outlook discurría según lo previsto. Desde una otomana de capitoné junto a la ventana, me puse a contemplar la calle más abajo.

Siempre que hablábamos por teléfono mi madre se pasaba el rato contándome quién se había muerto. Trayéndome a la memoria a este y aquel. Ay, claro que la conocía: ¿no recordaba que solía venir de visita con su sobrina (una niña adorable, éramos amigas)? Sí, sí, esa. Pues se murió la semana pasada. ¿Verdad? Qué horror. No sabía muy bien por qué me molestaba tanto esa rutina comunicativa. No era cotilleo, no había ninguna malicia. De hecho, esos informes frecuentes parecían impelidos por una pérdida silenciosa. Eran la prueba exhaustiva de que nosotros, cualquiera que fuese el vínculo que nos reunía en esa primera persona del plural, no íbamos a sobrevivir. Concluí que mi objeción era principalmente formal, esa estructura de premisa-remate que empleaba: recordarme que conocía a una persona, invocar recuerdos de ella, de una vida, y luego revelarme su muerte. Aquello me provocaba un vuelco como de montaña rusa en el plexo

solar. Con un deje de entumecimiento culpable, examiné la absurda estética lujosa de las prestaciones que me ofrecía el seguro médico de la empresa. Las revisiones, las pruebas preventivas, los rápidos controles que sustentaban la vida. Yo sabía que nosotros, los hijos que quedaríamos aquí, tendríamos lazos más débiles. No nos unía ningún otro país, ninguna cultura común más que la británica (y esa solo la podíamos reivindicar apostillada, cuando no encerrada entre paréntesis, por los orígenes de esos cuyas muertes nuestras madres nos detallaban al teléfono). Era supervivencia en el sentido estricto en el que sobrevive un patrón cultural. Una persistencia generacional, carente de significado y de memoria.

Le dije a mi novio que no pasaba nada. Estaba bien. No hacía falta que me acompañase. Pero él insistió en que al menos quedásemos para tomar algo después del trabajo. Una salida para levantar los ánimos. Vale. Hacía una noche bastante agradable, con una temperatura impropia de septiembre. Tomamos cerveza en el césped del viejo pub que hay cerca de la estación de Blackfriars. Y todo, le dije, estaba bien. Falsa alarma. Las palabras falsas podían parecer ciertas. Se convenció fácilmente, acostumbrado como estaba a los finales felices y las soluciones indoloras. Nada de que preocuparse, entrechocamos los cuellos de nuestros botellines.

—Sé que he estado distante —dijo—, no he sido yo mismo.

Me miré las piernas, de un marrón brillante al sol de la tarde. Pasamos de las biopsias, las consultas y las expresiones de alivio a hablar de su trabajo; de cosas gordas, importantes, en las que estaba involucrado tangencialmente en Whitehall.

—No creo que haya sido buena compañía los últimos tiempos —dijo.

El fin de semana anterior había dormido con la cabeza pegada a mi pecho, aovillado como un feto. Por la mañana, el lunes, me abrazó tan fuerte que me quedé en la cama un rato más acariciándole el pelo. Hasta la hora de irme a trabajar.

—A veces, yo...

Se interrumpió y empezó a rascar la etiqueta del botellín de cerveza. Parecía húmeda y blanda por la condensación, y él iba arrancando trocitos de uno en uno, los hacía una bola entre el índice y el pulgar y lanzaba

aquellos grumos pegajosos a la hierba. Cuando empezamos a salir, blandía su nombre ante el maître con un ímpetu arrollador. Me preguntaba si ese concepto de sí mismo se habría desprendido, o si su yo no era más que un esmoquin que se ponía y después se quitaba. Con la cabeza echada hacia atrás, dio unos tragos de la botella. La nuez le subió y bajó al beber, y yo imaginé la cerveza fresca corriéndole por la garganta, bajándole por la curva del pecho y derramándose en su estómago.

Nos conocimos en la universidad, le gustaba decir. Aunque yo apenas traté con él entonces. Ya estaba en tercero cuando me matriculé. Ni siquiera recuerdo que hablásemos nunca, pese a que lo conocía de cara y de nombre por el movimiento estudiantil. No, no reparó en mí hasta años después, en eventos donde se cruzaban esporádicamente nuestros círculos sociales solapados. Mi capital social había aumentado —de un modo infinitesimal, incalibrable— desde los tiempos de la universidad. El dinero, incluso esa cantidad relativamente modesta que yo había amasado, me transformó. Mi estilo, mis maneras, mi jerga algo afectada de la City: todo eso le intrigaba. Vio la persona que yo estaba construyendo. Y supo detectar la oportunidad. Había leído sobre la transformación de Warren Wilhelm Jr. en Bill de Blasio.

Como quien no quiere la cosa, se hizo el contradicho conmigo en una barbacoa organizada en la azotea de una nave industrial remodelada de Stepney. Derrochó encanto a lo Hugh Grant mientras nos bebíamos unos Pimm's tibios y afrutados servidos en tarros de cristal. El Canary Wharf espejeaba y suspiraba, hermoso, detrás de él. Parecía excesivo, por aquel entonces, como una caricatura de sí mismo. A lo largo de los meses y años siguientes, comencé a apreciar la naturaleza elástica de su personalidad. Lo observaba chinchando y dándoles empujoncitos a sus amigos. Debatiendo grandes ideas con palabras aún más grandes y un formidable sentido del humor grupal. Se metían los unos con los otros sin piedad, y luego soltaban una carcajada: doblados de la risa, dándose palmadas en las rodillas, en un despliegue casi paródico de alegría. Después, en el asiento trasero de un taxi, saludaba al conductor por su nombre y lo guiaba con destreza de la simple cháchara a las confidencias. Iba intercalando preguntas consideradas y jamás interrumpía. Era cortés, sí, pero no acartonado. Suavizaba su

acento. Se despedía con un «Buenas noches, amigo» sincero, rematado por un firme apretón con ambas manos, antes de bajar del coche.

—Se está bien aquí —dijo, al fin, casi sonriendo.

Y era verdad. El mañana parecía quedar más lejos. Aunque el fin de semana que iban a pasar con sus padres seguía cerniéndose sobre todas las cosas: el aniversario de boda, en la casa de campo de la familia. Lo que debería resultar, si no relajado, al menos apetecible, se iba materializando a toda prisa en cruda realidad. Asentí, y él se volvió a mirar a los coches que hacían cola en el cruce.

—He estado... O sea, mi ex... —Hizo una pausa, y luego empezó de nuevo—: Me ha escrito mi ex. Tiene un cachorrito.

¿Un cachorrito?, repetí yo, dando vueltas a las sílabas. Su ex también estaría en la celebración, ya lo sabía. Era una amiga de la infancia, casi un miembro de la familia, en palabras de su madre. Se habían criado juntos, retozando por la campiña inglesa a lo Colin y Mary Lennox. Al mirarlo, en cuclillas sobre el césped, con las mejillas y los ojos llorosos contraídos en un intento de estoicismo, sentí curiosidad, quise saber.

—Déjalo —dijo—. No tendría que haber mencionado el cachorrito.

Nos habíamos terminado el segundo botellín. El parloteo de fondo se había transformado en un runrún de blablablás con apenas alguna disonancia ocasional. Le pedí que me enseñara el cachorrito, si tenía alguna foto. Él dejó la botella en el suelo y se me quedó mirando un momento.

—Olvida lo del cachorrito —dijo.

Cogimos la District Line de vuelta a Putney. El sol menguante se consumía lentamente tras los tejados de chimeneas mientras recoríamos las calles tranquilas que iban de la estación a su casa. Leyendo antes de acostarnos, me fue echando sonrisas de refilón por encima del Kindle. Luego, cuando ya dormía, estuve mirando cómo se le hinchaba y se le hundía el pecho. Escuchando sus ocasionales ronquidos sibilantes. Se sacudió las sábanas de encima y se tumbó de espaldas en una pose de querubín: el pie izquierdo junto a la rodilla derecha, el brazo derecho rodeando la cabeza, los dedos desplegados suavemente sobre la almohada. La polla rosada pegada al muslo. La gravedad le alisaba la frente y las mejillas, y pude ver la cara mohína, de niño, de su permiso de conducir.

¿Prefería esto a dormir sola?

Las vidas de mis vecinos estaban enmarañadas con las de sus parejas. Se habían desgajado de sus padres para adherirse uno a otro, compartiendo facturas, comida, alquiler. No creía que pudieran separarse fácilmente. Nosotros no teníamos esas obligaciones. Pero, aun así, íbamos a museos, al teatro, dábamos fiestas, viajábamos, cocinábamos, los dos juntos. Decíamos *nosotros*. Parecía un aspecto necesario de la vida, como el trabajo. O el ejercicio.

—Es una cuestión de principios —me había dicho Rach ese día—. A la mierda el sexismo, ¡sácale partido!

Rach insistía en que el lío que tenía con uno de los jefes del departamento global de la empresa era, en efecto, prerrogativa suya: una forma de apropiarse y subvertir el relato del acoso laboral. Empezaban a ir en serio. A pasar de la praxis formal a algo que parecía una emoción prosaica y genuina. Vivir juntos. Era al mismo tiempo más sencillo y más complejo que mi propia relación.

Nos sentamos en nuestra mesa de costumbre en la cafetería del altillo, sobre el vestíbulo. Las uñas de Rach, pintadas de un impecable rosa melocotón, como siempre, tamborilearon en el latte con leche de almendras. Habíamos pasado de compañeras de trabajo a amigas en el último año, al tiempo que su padre se recuperaba de un cáncer y su madre moría de otro. Era una feminista de las de *Vayamos adelante*, nacida en los Home Counties, fan de Kate Middleton y clienta asidua de Jaeger, que organizaba recogidas de fondos por el bienestar de los animales los fines de semana y compraba pendientes hechos a mano en Etsy. Una vez me llamó bañada en lágrimas desde una boutique de Hermès. Es todo precioso, sollozaba entrecortadamente mientras le metían los pañuelos de cuello en la bolsa.

—El victimismo es opcional —dijo. Mitad opinión, mitad mantra.

Defendía la mejora constante: evolución, aprendizaje, crecimiento, romper todos los techos a cualquier precio. Según ella, cada día caía una nueva víctima. ¿No se acababan de cargar a mi director ejecutivo por ir follándose a esa becaria del departamento legal? Negó con la cabeza ante

una muestra tan insensata y absurda de hbris. Así se desarrollaban invariablemente nuestras conversaciones.

Sin embargo, Rach comprendía —disfrutaba, incluso— el carácter despiadado del lugar. De modo que, en las pausas del café, en las copas, en los *brunches*, esas conversaciones prosiguieron. Éramos íntimas, éramos amigas. Lo afirmábamos con una sinceridad posposmoderna: mejores amigas. Hacíamos listas, revisábamos nuestros planes quinquenales y ejercitábamos los estómagos revestidos de teflón que eran necesarios para ejecutarlos. Había ahí un aspecto fundamental de mí misma: directo, sin explicaciones. La horrible maquinaria que rechina debajo de todo logro. Solo con Rach admitía yo esa faceta.

¿A quién crees tú que ascenderán? Para sustituirlo.

Se recostó en la silla para meditar su propia pregunta. Luego me lanzó algunos nombres, sopesando con una risita las posibilidades de Lou.

—O igual tiran por una mujer —dijo, desplegando una mano y luego la otra, palmas arriba—. Una mujer perjudicada, una mujer recompensada: ¡a mí me parece justo!

Se echó a reír, frotándose las manos. A pesar del cinismo, sabía que aquello la carcomía. Unas semanas atrás, en el gimnasio, antes del trabajo, la había visto corriendo en la cinta a mi lado, muy rápido. Demasiado. Resollaba, machacaba la cinta con los pies enfundados en New Balance, los codos en ángulo se le balanceaban desbocados, a la carrera. Y de pronto ya no. Dio un salto brusco y aterrizó en los salientes de plástico a ambos lados de la cinta disparada, y el torso se le desplomó sobre el panel de control. Más tarde, nos reencontramos como siempre a la puerta de los vestuarios. Ya recompuesta, con el pelo, todavía húmedo, de un rubio más oscuro. Subimos la escalera del altillo para tomar nuestra dosis de cafeína: nuestros cuerpos todavía revolucionados por la actividad.

¿Qué empujaba a Rach a querer hacer carrera en esta profesión? Yo sabía qué me empujaba a mí. Los bancos: comprendía lo que eran. Máquinas implacables y eficientes de hacer dinero, con la movilidad social como efecto secundario. En serio, ¿qué otro sector me habría ofrecido las mismas oportunidades? A diferencia de mi novio, yo no tenía ni los contactos ni el dinero necesarios para aventurarme en política. El sector

financiero era el único camino de ascenso viable. Había cambiado mi vida por un pedacito de comodidad de clase media. Por un futuro. Mis padres y mis abuelos no habían tenido estas oportunidades: sentía que no me podía permitir desperdiciar las mías. Aun así, no me parecía correcto propagar esas mismas creencias entre una nueva generación de niñas. Era una forma de camuflar la falta de progreso: daba a sus aspiraciones una forma sumisa y uniforme, y las convertía a ellas mismas en trabajadoras agradecidas y diligentes que comprendían su papel en la sociedad. Que conocían los límites de todo ascenso.

Yo habría preferido contar otra cosa. Otra mejor. Pero, desde luego, sin la legitimidad de un cargo ostentoso en una empresa de primera fila no tendría ninguna plataforma desde la que decir nada. Todo el valor que puedan tener mis palabras en este país se deriva de mi relación con sus instituciones: las universidades, los bancos, el gobierno. Lo único que puedo hacer es repetir sus palabras y esperar que transmitan alguna clase de verdad. Tal vez sea un argumento muy pobre para justificar mi complicidad, la forma en que contribuía a convencer a esas chicas de que, también ellas, debían aguantar. El silencio, sin duda, era la opción menos dañina.

Rach había cambiado de tema.

—Este fin de semana es un gran paso —me dijo.

Un paso importante, emocionante. Un paso que resumió en emojis de anillos de diamantes. Yo no estaba segura de estar preparada ni para ese paso ni para ningún otro. Sabía que eran los pasos que debía desear, los pasos correctos a los que aspirar. Pero estaba harta de aspirar, de aguantar. De ascender.

Sus padres me toleraban. Como harían unos buenos padres socialmente progresistas. Se mostraban pacientes con su hijo en materia de relaciones. Imaginaban, yo imaginaba, que esto era una fase. ¿Por qué alargarla con refuerzo negativo? Así que la aceptaron. La acogieron, y me acogieron a mí, con los brazos abiertos. De hecho, insistían, me dijo mi novio más de una vez, insistían en que acompañara a la familia en su celebración de aniversario.

Ya nos habíamos visto otras veces, claro. Pero nada como lo de este fin de semana. Habíamos quedado siempre en Londres, los cuatro, en la mesa de algún restaurante. Con un horizonte temporal de dos o tres horas juntos. La charla ligera, entretenida. La verdad es que sabían cómo entretener. Cómo hablar, cómo preguntar, cómo conversar. Conseguían que pareciera una ocasión especial. Sobre todo el padre, que manejaba las palabras con destreza y precisión, como si fuesen un instrumento físico. Un escalpelo, tal vez, o una pluma.

Meses atrás, sentados en torno a una mesa a media luz, en un restaurante sin ventanas junto a una galería de arte, el padre hablaba por entre los labios rojos de vino (escogido tras un debate vigoroso, exhaustivo, y aparentemente muy bien recibido, con el *sommelier*). Alzó la pluma y me arrastró a su mundo. En la página de esa noche, yo formaba parte de él, tenía mi lugar. Sin embargo, era una intimidad distante. Sincera, pero sin permanencia o consecuencias más allá de esa interacción particular. Me hacía variaciones de las mismas preguntas cada vez. Con el mismo interés complaciente que brindaba al personal del restaurante.

La ambivalencia de la madre era más convencional. Una vez me presentó con el enrevesado epíteto «la más reciente amiga de nuestro hijo pequeño», seguido de una sonrisa de complicidad a la conocida que había preguntado por mí. Sentí que podía verlo con sus ojos: el amor a su hijo, sí. Pero también la familia de la que provenía y la familia con la que se había emparentado al casarse. Futuros, niños y pureza: no en un sentido racial, ni de mal gusto, no. Por supuesto que no. Era una pureza de linaje, de historia: unas convenciones y sensibilidades culturales compartidas. La preservación de un modo de vida, de una clase, de las necesarias altas esferas de la sociedad. El estancamiento madurativo de su hijo (y ¿qué era esa relación, si no un disparate infantiloides?) no debía arruinar el buen nombre de la familia.

No me sorprendió descubrir que los títulos y el patrimonio heredado venían todos del lado del padre. Bajo la hostilidad de la madre había una inseguridad con la que yo casi me identificaba.

Por la mañana, contemplé a su hijo, sentado al borde de la cama y presionando un blíster para sacar una píldora endulzada. Se quedó mirando aquella mota blanca en la palma de la mano y, al final —con una determinación superflua, teatralizada— echó la cabeza atrás y se llevó la mano a la boca hasta que la hubo tragado entera. «Citalopram, 5 mg. Una dosis diaria o según prescripción médica». Se inclinó de nuevo adelante, arrebolado, soltó el blíster sobre la cama. Dio un trago de agua del vaso de su mesilla de noche. Luego me miró, expectante, como si se acabase de terminar todo el brócoli del plato. Yo estaba al otro lado de la habitación, recogíendome el pelo con horquillas. La escena era perfecta. Las franjas de sol se colaban por las ventanas de guillotina. Su cuarto era luminoso y diáfano, y él estaba sentado en un borde del marco, con una maleta rechoncha a los pies. Solté una risita y él me respondió con una sonrisa, indeciso. Me acerqué, le sostuve la barbilla en el hueco de la mano izquierda y le peiné atrás el suave nacimiento del pelo con la derecha. Era hora de irse.

Metió la maleta en el maletero de su coche. El sol frío de la mañana nos iluminaba implacable, y el ambiente olía a húmedo. Pero a él se lo veía henchido, reanimado. El aire libre le había infundido la promesa de un trayecto en coche por el campo: su familia, su casa, todo aguardándole. Antes de marcharme, me cogió de la cintura y agachó la cabeza para darme un beso.

—¿Seguro que no puedo raptarte? —dijo, con ojos sonrientes.

Una parte de mí quería meterse en ese coche con él y largarse. Para ahorrarme el día triste y tenso que tenía por delante. El calendario lleno de reuniones imbéciles, precipicios de cristal, mentiras a las niñas. Pero ser irreflexiva, actuar por impulso, vivir como él... No. Aunque había empezado a identificar sus confines, seguía atada a la vida que llevaba. No me podía parar. Con gesto delicado, suave, le aparté los brazos. A los costados.

Nos veríamos por la noche.

REUNIÓN ESTRATÉGICA

En la reunión, revisamos las cifras más recientes, las tendencias generales, los factores clave de esas tendencias o, tal vez, los pasos a seguir para determinar los factores clave de esas tendencias. Yo estoy sentada con el tobillo izquierdo apoyado en el derecho, las rodillas juntas, los hombros atrás, los brazos sobre la mesa, las manos relajadas. Preparada. Cuando hablo, voy al grano, con ritmo medido y tono sereno. Con los datos en la mano. Con diapositivas.

A primera hora de la tarde hacemos un descanso. Los hombres se ponen de pie, se estiran, se pasean por la sala. El aire está cargado de sudor, de charlas y sándwiches. Un hombre señala la cafetera *espresso*, dice que no sabe cómo funciona: qué botón pulsar, dónde meter la cápsula. ¿Cuándo vuelve la recepcionista? Los demás coinciden, ellos tampoco lo saben. Me preguntan a mí, tal vez yo sí lo sepa.

Bueno.

Les preparo los cafés. Con espuma de leche por encima, si prefieren. Los hombres, aliviados, dicen oh, gracias.

Gracias.

Al terminar, espero a Merrick en el despacho. Está separado del resto de la oficina por paneles de cristal. Este lugar es todo cristal. El cristal separa y divide sin transparencia. Aun así, Lou consigue ver. Ve como la asistente me para de camino a mi mesa. Ve por encima de los monitores como cruzo la sala y me meto en el antiguo despacho del antiguo director ejecutivo. Y me ve ahora, estirando el cuello con entrometimiento descarado. Coloco mis cosas —libreta, bolígrafo, carpeta— sobre la mesa y me siento.

Que mire.

Pero ahí está. *Miedo*. Cada día es una oportunidad de cagarla. Cada decisión, cada reunión, cada informe. El éxito no existe, solo la elusión provisional del fracaso. *Miedo*. Del zumbido y la musiquita de la alarma hasta que consigo volver a dormirme. *Miedo*. Un peso frío en el estómago que trepa enroscado al esófago y me agarra por la garganta. *Miedo*. Tumbada en el sofá o en la cama o tirada boca arriba en el suelo. *Miedo*. Repaso el día entero, lo interrogo en busca de errores o deslices o... lo que sea. *Miedo, miedo, miedo, miedo*. Cualquier cosa podría ser la cosa que lo manda todo a la mierda. Lo sé. Esa verdad resuena en mi pecho, el golpeteo de una línea de bajo. *Miedo, miedo, me ahoga. Miedo*.

No recuerdo no sentir esto.

—Ah, ya estás ahí. Perfecto.

La cara de Merrick se ve enorme, irradia una cordialidad y una falsedad efusivamente estadounidenses. La pantalla de videoconferencia se reenfoca, y luego amplía el cuadro y muestra a una mujer sentada a su lado.

—Perfecto —vuelve a decir Merrick.

La mujer no sonríe.

Sé quién es. Mis colegas la llaman *esa* mujer. Dicen que saben cómo consiguió ese trabajo esa mujer. Y cosas peores, también. Es uno de sus temas recurrentes y favoritos. Esta mujer de éxito. Esta mujer acuciada, asediada. Pateada y ridiculizada. El caso es que ahora apoya a otras mujeres. Da charlas regularmente en el circuito de eventos femeninos. Tiene catorce protegidas, al parecer. Y aquí está, con Merrick. La espalda recostada, los brazos cruzados, mirándome impasible desde arriba.

Bueno, joder. ¿No soy una mujer, acaso?

Merrick todavía no ha empezado. No se está quieto, y no deja de decir oh ehm sí vale. Coloca las palmas planas sobre la mesa y dice vale, y luego echa la espalda atrás y se recoloca las gafas. Ehm, sí. Mira a la mujer y luego a mí.

—Acabamos de cerrar un episodio desagradable —dice al fin—. Nos gustaría dejar todo eso atrás y seguir adelante. Tomar un rumbo nuevo.

Hace un tímido amago de sonrisa.

La mujer lo resume en pocas palabras: ahora quieren *diversidad*.

Merrick asiente con una seriedad ridícula.

—Sí —dice—. ¡Eso es! Exacto.

Tamborilea sobre la mesa. Y por eso está hablando conmigo ahora, dice.

Lou ya está a bordo.

Y continúan:

Liderazgo conjunto, dice Merrick.

Una gran oportunidad, dice la mujer.

Soy muy afortunada, coinciden ambos.

La sala, esas hileras apretujadas de hombres con traje, funciona con traqueteante autonomía. Incluso después de semanas sin que llegue ninguna *dirección estratégica* desde este cubículo de cristal. Los hombres ríen, respiran, hablan de dos en dos o de tres en tres, reunidos en torno a una pantalla. O de pie, sacando pecho, señalando. De vez en cuando se oye a alguna mujer. Varios se encorvan, amorrados a las bandejas de plástico de una cena temprana o un almuerzo tardío. Desprenden un tufo particular. Tantos hombres hablando, sudando, eructando, tosiendo y existiendo, apiñados manga con manga. Caras secas, curtidas: mejillas fofas, colgonas; frentes relucientes de grasa. Pescuezos desparramándose de cuellos todavía sin abotonar. Todos los tonos de rosa, beige, canela. Dedos aporreando los teclados y puños rollizos sujetando receptores de teléfono. O con el manos libres, hablando y haciéndole gestos a un fino auricular mientras lanzan y atrapan en el aire una pelota o un bolígrafo.

¿Es este... el punto culminante de mi carrera?

¿De mi vida?

Lou se levanta, saluda. Se acerca, sonriente.

¡LOU!

Yo me crie pobre como una rata, sabes. Sin un puto duro, en una chabola, básicamente, en Bedford. Así que lo entiendo. Ya pilló el rollo. Todo esto... a mí me parece tan extraño como a ti. En serio. Y lo respeto, el plan que llevas. El ímpetu. De verdad. Así que, mira, he aceptado compartir el ascenso, desde luego. Te lo mereces, tanto como yo. ¿Vale? Vale. No dejes que nadie te diga lo contrario. Joder, estoy emocionado. Por esto, por nosotros, ¡el *dream team*! Bueno, ya está. Solo quería decírtelo. En fin. Los chicos van a bajar a tomar una rápida para celebrarlo.

¿Te vienes?

De vuelta a mi mesa, saboreo ese raro momento de silencio. Con Lou y los demás fuera celebrándolo, siento aquí una calma desconocida. Curiosamente, reparo de nuevo en la fisicidad de mi espacio de trabajo. Yo tengo la ventana de la esquina. Lou se sienta enfrente: una mampara de tres palmos de alto forrada de fieltro es lo único que nos separa durante los miles de horas que pasamos aquí juntos. Los diversos equipos que dirigiremos entre los dos a partir de ahora ocupan las hileras de monitores y las máquinas que zumban levemente a mi alrededor.

Este éxito, este logro: todo por lo que he luchado. En mis manos. Tengo los dedos aferrados a una viga del techo proverbial. Tengo una silla de despacho ergonómica de dos mil dólares y unos auriculares bluetooth que parpadean, satisfechos, desde el cubo brillante del cargador. Dos monitores de treinta y dos pulgadas que transmiten rojo y verde con una intensidad imponente. Y una pila de tarjetas de visita: cada una con mi nombre y mi cargo corporativo —hará falta una nueva remesa— impresos en papel grueso junto al logo del banco en relieve.

Todo.

Lo tengo todo.

En el paisaje que me rodea, el cielo se funde: los rojos y naranjas se tornan azul oscuro y noche. Miro a través de los ventanales con filtro antiUV los colores sin duda distorsionados por el cristal; más allá de los rascacielos, hacia el horizonte difuminado de un gris verdoso. Tengo los dedos dormidos, pero la cara me arde, me pica. Cierro la sesión de mi terminal, meto las cosas en el bolso y me encamino a los ascensores.

AQUÍ ESTOY, EN LA ESTACIÓN, DEBERÍA

Los tableros de salidas informan con parsimonia. Primera tanda, segunda tanda, y vuelta a empezar. Encuentro mi tren. Un número de vía relumbra borroso desde un puñado de puntos anaranjados.

Así que aquí estoy, en la estación. Debería ir a buscar mi andén y subirme al vagón. Son cuarenta minutos de viaje. Él me estará esperando al otro lado. Aparcado frente a la estación con su Mini, listo para llevarme en coche el resto del trayecto.

No tengo la sensación de salir de viaje. Aquí estoy: ni bolsas pesadas ni zapatos cómodos. Sigo vestida de trabajo, he venido directa de la oficina. Las punteras de piel de mis botines lanzan destellos que asoman de los bajos de mis pantalones impecablemente planchados.

Habría sido mejor salir mañana por la mañana.

Pero ahora ya estoy aquí. Debería moverme, al menos. Estoy justo en medio, aquí plantada. Me empujan las corrientes de gente apresurada, de gente rezagada, de gente organizada en familias, arracimada como patitos. Estoy en mitad del paso. Así que venga. Levanta el pie izquierdo y llévalo adelante, impúlsate. No frenes, no pares. No pienses. Sigue dándole.

Ve y sube al tren.

Pero aquí sigo,
todavía quieta,